

Algo incomprensible: hijos que pegan a sus padres

Me sorprendió, hace unos dos años, el libro: “El enemigo en casa. La violencia familiar”. El capítulo tercero se titula: “Cría cuervos”. Resulta que, a veces, el enemigo en casa no son los padres. Es el hijo. Hay hijos que se han comportado con sus padres como pequeños monstruos. No es lo normal, pero es real. La historia nos ofrece el caso de **Calígula**, que siendo niño, envenenó a su padre **Germánico**. Probablemente el veneno se lo proporcionó la famosa envenenadora **Martina**. Pero la mano ejecutora perteneció a Calígula. La maldad de este pequeño fue el fruto de una educación inapropiada.

Hay niños que, sin llegar a pequeños Calígulas, maltratan a sus padres. Empiezan desobedeciéndoles, para pasar al insulto, a la amenaza, a romper objetos de casa y acabar levantando la mano... Y hay padres que tienen miedo a sus hijos. Perdieron hace tiempo el libro de instrucciones para educarlos.

Cifras preocupantes

Las cifras aportadas por **José Miguel de la Rosa**, de la Fiscalía General del Estado, en el Primer Congreso Internacional, “Padres e hijos en conflicto”, son preocupantes. Desde finales de 1990 asistimos a un crecimiento de padres que denuncian a sus hijos por malos tratos. En 2007 fueron 2.683; en 2008, 4.211; en 2009, 5.209 y en 2010, 8.000.

La preocupación de psicólogos, educadores, profesores, madres y padres por la pérdida de respeto de los adolescentes a la autoridad es preocupante.

Javier Urrea, director del Programa *Recurra* (una iniciativa que ofrece tratamiento y ayuda a los niños y a los padres en conflicto), señala que “esta nueva realidad a la que hay que hacer frente es un problema social, porque las agresiones también suceden en los colegios, en la calle, pero sobre todo, porque esta situación es un mal pronóstico para la violencia de género. Si un chico pega a su madre, qué no hará en su día con su mujer”.

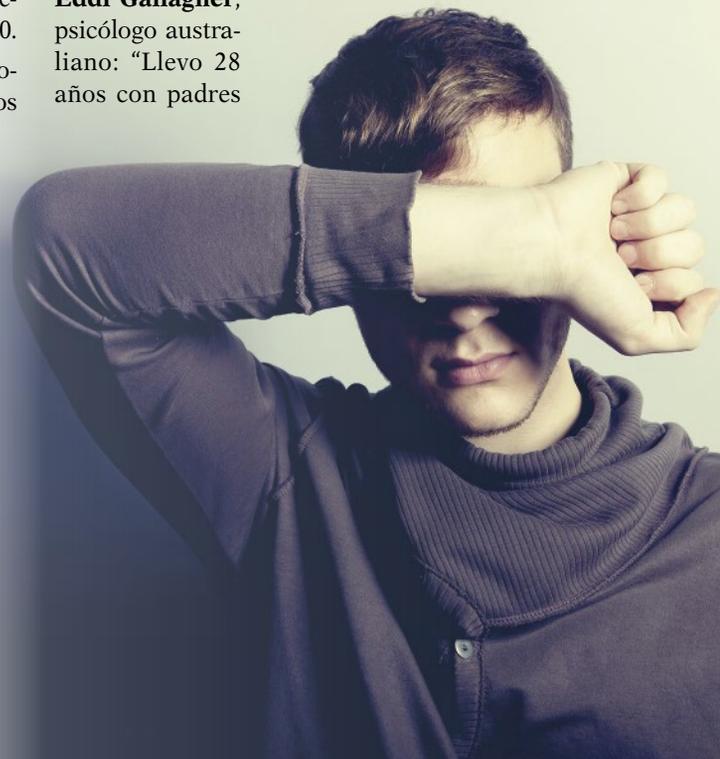
Javier vio la necesidad de ayudar a las familias desde que “un día me encontré ante una madre que llevaba la cara vendada porque su hijo le había partido la nariz al darle

con la hebilla de su cinturón porque, tal y como él me dijo, ‘la muy puta no me había lavado la camisa verde’. Este experto admite que “sólo uno de cada ocho padres se atreve a denunciar”. Si se suma a este hecho que únicamente se puede llevar ante la Justicia a los mayores de 13 años, la cifra de casos se elevaría de forma significativa.

Perfiles y motivos

El perfil del niño maltratador es el de chicos de entre 14 y 18 años, “aunque también hay casos de padres que no pueden con sus hijos de cinco o nueve”, de clase media alta... “Estamos asistiendo a un aumento preocupante de chicas (ya son un tercio de los casos) que agreden”. Y aunque estos pequeños maltratadores solían proceder de familias desestructuradas o consumir drogas, hoy en día los abusos pueden producirse en el seno de cualquier hogar, aunque parece que se “aprecia cierta prevalencia en familias monoparentales o reconstituidas, en casos de divorcio, en hijos de padres mayores y con niños adoptados”, reconoce Javier Urrea.

¿Por qué está ocurriendo esto? Para **Alejandra Vallejo-Nájera**, psicóloga, “la familia no es una democracia. Los menores no pueden ejercer el papel de adultos y los padres tienen que saber poner límites”. Coincide con ella **Eddi Gallagher**, psicólogo australiano: “Llevo 28 años con padres





maltratados por sus hijos. Cuando empecé había muy poca literatura científica al respecto y se había investigado muy poco. Los progenitores sienten mucha vergüenza y creen, además, que son los responsables. A esto se añade el desamparo, la poca ayuda que tienen de la sociedad. No hay ningún sistema en el mundo que esté abordando bien esta situación”.

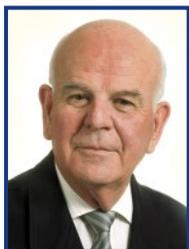
Este experto asevera que los afectados suelen ser “padres demócratas e indulgentes, permisivos”. A lo que Javier Urrea añade: “No imponer normas, no mantenerse firme en los castigos, buscar a una tercera persona para sancionar, son el abono idóneo para el conflicto entre padres e hijos. La tiranía se aprende, y si no hay normas, los pequeños interiorizarán que tienen un esclavo y, son incapaces de manejar la frustración”. El pequeño dictador de tres o cuatro años que hace lo que quiere en casa, se convierte en el gran dictador a partir de los 13 años.

Qué hacer

El niño o adolescente que pega a sus padres es fruto de una educación permisiva, autoritaria o hiperprotectora, sobre todo en los primeros años de su vida. Por ello:

- Exige sin miedo, pon límites, ejerce la autoridad que tienes, pero razona lo que mandas, y hazlo con exigencia racional y cariño. Mandar por decreto, porque lo digo yo no educa.
- Corta con cualquier actitud permisiva. No se puede hacer lo que apetece, lo que le da la gana al hijo. La convivencia exige respeto. Dejar hacer lo que apetece, a la larga les destruye. Psicológicamente necesitan pautas de orientación. En caso contrario andan desorientados.
- Evita proteger con exceso a tus hijos. Los niños superprotegidos caen en la depresión y se convierten en débiles. Los niños arropados, mimados, superprotegidos no superan las heridas de la vida. Si nunca han sido expuestos al dolor, a la tristeza, al sufrimiento, carecen de seguridad. Los niños protegidos viven en una prisión y son incapaces de afrontar las cosas por sí mismos. Sufren tantos daños como los abandonados. Y la culpa es de los padres. Con su mejor intención tratan de arroparlos, pero consiguen un resultado totalmente opuesto.

👤 José Antonio San Martín



Espiritualidad en lo cotidiano

En un mundo caracterizado por los cambios acelerados en todos los ámbitos, un mundo de lo efímero y lo transitorio, ¿hay espacio para la espiritualidad? La persona, puede vivir la espiritualidad de lo cotidiano, porque no ocupa espacio, ni horario en nuestra agenda: la espiritualidad habita en toda la persona por ósmosis.

Según **Don Bosco**, espiritualidad de lo cotidiano es hacer de la vida de cada día, un lugar de encuentro con Dios, asumiendo la convicción positiva, aceptando sus retos y tensiones, superando sus ambigüedades, unificándola desde la vocación.

Vivir hoy la espiritualidad es escuchar el silencio. Un silencio que envuelve, que entra en nosotros y nos anima desde dentro. Es el ejercicio que acompaña la experiencia de la Palabra. En un mundo inundado de ruido, el silencio es el bálsamo que suaviza nuestra vida de vértigo. La espiritualidad del silencio nos da la capacidad de interiorización. Si hacemos la experiencia, veremos que, por mucho ruido que haya, siempre es posible guardar unas gotas de silencio, para que nuestro interior tome conciencia de la riqueza que nos habita. Nuestra vida, como una montaña: Si la miramos de lejos, nos resulta informe, monótona. Pero si profundizamos “que es otra forma de escalar”, encontraremos belleza, paisaje atractivo, silencio contemplativo. Descubriremos al Dios que nos llama a vivir la espiritualidad, a construir nuestro interior. Somos como criaturas nuevas. Escucha de la Palabra. Contemplarla, agradecerla y vivirla. Escuchar el silencio, es acudir a la fiesta de la vida día a día.

Pensamos que la espiritualidad requiere grandes realidades abiertas a horizontes inmensos. Nada más equivocado. Nuestro sencillo quehacer, nuestras ocupaciones rutinarias, son el “tesoro escondido” que vamos descubriendo cada día en el campo de nuestra vida. Partir de lo sencillo, de lo que vivimos al soplo del Espíritu. La contemplación, nos facilita poder captar la plenitud que integra los momentos de nuestro día. En la contemplación, alcanzamos el máximo de sencillez. *“No busques grandes cosas si quieres vivir en Dios. Dios camina contigo por los atajos más sencillos”.*

Don Bosco era un “contemplativo en lo cotidiano”. Su interioridad le lleva a la escucha constante. Vive habitado por el Espíritu. Su familiaridad con Dios, que él llamaba unión con Dios, era tan fuerte, que don **Rua** afirmó: *“Don Bosco no pensó, no proyectó, no realizó nada, que no viniera de la voluntad de Dios, que descubriría a través de la oración”.* Su espiritualidad se podría sintetizar en esta frase: “Don Bosco caminó siempre, como si viera al invisible”.

👤 Consuelo Martínez